

## ¿Dónde está Simeón?

**Pedro Jiménez.**

Profesor de Filosofía. Sevilla.

**H**ay un pasaje del Evangelio de San Lucas que me resulta tremendamente revelador y que destaca algo que muchísimos cristianos de la actualidad no quieren ni oír, pues lo han convertido en un tema tabú, a saber, el carácter martirial de nuestra misión apostólica, la pertenencia esencial de la Cruz a la vida cristiana. Dicho pasaje es el de la profecía del anciano Simeón a María (Lc, 2, 22-38).

Antes de entrar en la idea central de este pasaje, señalamos otra idea previa: Jesús es presentado por sus padres en el templo de Jerusalén con las dos ofrendas de rigor «según lo acordado en la ley del Señor». Con esto, el evangelista nos presenta la infancia de Jesús encuadrada en el contexto de una familia religiosa que cumple lo establecido, y que va a ser el caldo de cultivo de la primera formación del Niño de Dios.

Y entramos ya en el núcleo de este texto: la profecía del justo y piadoso Simeón. Por un lado, el autor nos sitúa en esta escena para dejar definitivamente claro que estamos hablando del Mesías, del Cristo; parece como si Lucas nos dijera: «que no haya absolutamente ninguna duda de que Jesús, el nazareno, (sobre el que escribimos estos evangelios) fue el Enviado de Dios, el Hijo.»

Por eso se menciona a Simeón, que había recibido «la revelación del Espíritu de que no moriría sin ver al Cristo del Señor» y que, nada más ver al niño, salta de alegría *porque reconoce en Él al Mesías*.

Quizá pueda parecer una perogrullada esto que estamos señalando, pero, lejos de eso, es bastante importante. Y digo esto porque, tras habernos pasado tantos siglos resaltando la divinidad de Jesús y —prácticamente— olvidando su humanidad, da la

impresión de que en estos tiempos estamos incurriendo en el reduccionismo contrario: nos aferramos tanto a resaltar la humanidad de Jesús que relegamos (si no negamos) su divinidad. Y digo esto porque hoy resulta muy normal y corriente encontrarnos con «cristianos» (o personas que se autodenominan así) que afirman que a ellas les seduce enormemente la figura de Jesús, pero que no creen que fuese «el Hijo de Dios», ni que «fuese resucitado» o, a lo sumo, que no les importa si lo fue o no, ya que lo único importante es el mensaje que trajo, y el tipo de vida que propuso.

Obviamente no seré yo quien niegue que se puede vivir el estilo de vida de Jesús sin ser cristiano (de hecho, me he encontrado en mi vida con hermanos ateos que, de compararnos con ellos por cuanto a su compromiso personal, social y moral se refiere, nos sentiríamos enormemente avergonzados); lo que sí afirmo es que quien niega que Jesús es el Cristo, no es cristiano; que quien dice serle indiferente si Jesús es o no la segunda persona de la Trinidad porque lo que a él le interesa, en realidad, es el mensaje evangélico, está incurriendo en una grave contradicción: si al Evangelio le quitas a Dios, quitas el Evangelio.

Es más, etimológicamente «evangelio» significa «Buena Noticia», y si Dios no existe (o si Jesús no es Cristo, o si da igual que haya o no resucitado), no hay tal Buena Noticia, pues, ¿cuál sería, entonces, ésta?

Sin Dios, la Buena Nueva queda totalmente desposeída y vaciada de contenido, pues aquella consiste en anunciarnos, no sólo que Dios existe, sino además que no se despreocupa de nosotros, y que nos ama como una madre a sus hijos, que nos permite hablarle de «Tú», llamándole *Abba* (Papaíto), que nos trae *gratuitamente* una oferta de salvación, de liberación y de vida eterna, y que nos ofrece hasta la perfecta y detallada información

acerca de cuál es el camino para poder vivir una vida plena y totalmente feliz, dichosa, bienaventurada.

Por todo esto, es importante que Simeón aparezca en escena para «anunciarnos» que Jesús no es simplemente un profeta más, no es sólo un «rebelde simpático» (como lo definió alguien), no es exclusivamente un importante líder religioso muy comprometido con su tierra y con su época, sino que es el Mesías, el Esperado, el Redentor de toda la Humanidad. Por eso, si Jesús no es el Cristo, el Evangelio se torna completamente ininteligible, incomprensible; de hecho, deja de ser el Evangelio y se convierte en otra cosa, en un tratado filosófico, en una propuesta moral más o, a lo sumo, en un bello cuento de hadas.

Pero, con todo, no hemos dicho todo lo que estimamos de enorme trascendencia en la profecía del anciano Simeón. Nos falta algo nuclear que se resume en estas palabras de la profecía: «será signo de contradicción y una espada atravesará tu alma».

Como vemos, Simeón no se anda con rodeos con María, y le pone, como diría Martín Descalzo, «la espada en el horizonte». No deja de ser chocante tan enigmática sentencia, pero su significado nos resulta, desde luego, comprensible: el signo de que la Redención *es ya* una realidad, es la sangre martirial, el sacrificio del inocente, el Bautismo-cáliz que Jesús *sí* está dispuesto a tomar por y para la liberación del hombre. Y esto, no porque Dios sea un sádico que lo ha previsto y dispuesto así para hacer una especie de extraña justicia cósmica (por la cual, un inocente tuviese que pagar el pecado y la iniquidad de otros), sino porque el dolor y el sufrimiento pertenecen, ontológicamente, a la esencia misma de la misión. Mientras la misión suponga (y lo supone necesariamente) la denuncia profética del desorden establecido, y la subversión de valores en una reli-

gión farisaica y falsa (que oprime a los hombres para justificar a unos cuantos, que se creen buenos), «la espada tiene que estar en el horizonte»; mientras vivir la Voluntad del Dios Santo suponga (y lo supone —recordemos el Magnificat—) el tomar partido por el pobre y el pisoteado, frente al despilfarrador y el opresor, el misionero ya se está ganando (aunque no lo quiera) sus enemigos, y, además, unos enemigos mortales de necesidad, pues son los que forman el poder.

Sobre todo esto, dos conclusiones para finalizar:

a) Éste es el signo del creyente: la espada, la persecución, el dolor, la Cruz. Y, además, éstos serán los signos de la realización de la Misión, de tal modo que, ante la ausencia de tales signos, no habrá más remedio que concluir que no se está haciendo, verdaderamente, la Misión. El Evangelio está lleno de alusiones a este mensaje de fondo.

De modo que parece bastante claro que el pasaje del anciano Simeón es más teológico que narrativo, y lo pone Lucas en este momento para dejar sentado que, ya desde el principio, la Redención no le va a ser fácil al Redentor. Al mismo tiempo, el pasaje debe ser un recordatorio para todo

cristiano de cuál es el sino del seguidor del que fue ajusticiado. Los mártires de veinte siglos de historia de la Iglesia, desde luego, así lo atestiguan. Y a un servidor no hay quien le quite de la cabeza que, si la historia de la liberación va tan lenta, es porque el número de mártires es demasiado escaso, en relación al número de los que nos consideramos seguidores del ajusticiado.

b) Pero, ¿y María?, ¿es que nadie se va a acordar de María? Porque Jesús puede asumir su propio destino de Cruz y sangre, como un mártir más; incluso el mismísimo Dios Padre puede aceptar el destino de su amadísimo Hijo (pues, al menos, es Dios para sobrellevarlo). Pero, insisto, ¿y María? ¿qué pasa con la Madre? ¿cómo ha de ser el dolor de la madre a la que vaticinan que la espada atravesará el corazón de su hijo? Porque la madre puede soportar su propio dolor, pero ¿y el dolor de su hijo? Aquí, todos los que tenemos hijos podríamos preguntarnos: nosotros que no somos ni el mismo mártir, ni Dios, ¿cómo sobrellevaríamos el martirio de nuestro hijo, realizado ante nuestras propias narices? ¿cómo aceptaríamos un vaticinio así, tantos años antes de que ocurra?

Reflexionando sobre estas cuestiones podemos quizá, desde muy lejos,

hacernos una idea sobre la hondura y la categoría moral y humana de esta mujer sencilla de pueblo a la que, probablemente, ni los mismísimos Evangelios hacen justicia (a juzgar por lo poquísimos que nos cuentan de ella) ni, muchísimo menos, los cristianos de la Iglesia de veinte siglos más tarde se la hacemos tampoco, pues, en lugar de imitarla, la hemos disfrazado y convertido en lo que no es, vistiéndola de mantos, joyas y oropeles, cuando lo que María quiere es que acompañemos a todas las madres de aquéllos a los que, por su misión, se les profetice «una espada en el horizonte».

El caso es que, ya sea en nuestra propia piel, ya sea en la sangre de los nuestros (nuestra familia, nuestras parejas e hijos), nada de esto puede escapar de las palabras del Señor Jesús: «Como a mí me han perseguido, así os perseguirán a vosotros».

Hoy, en tiempos de hedonismo y aburguesamiento compulsivos, necesitamos de nuevos «simeones» que nos anuncien la espada de Damocles que apunta a la cabeza de los luchadores por el Reino. Hoy, si fuésemos mínimamente serios y honrados, debiéramos preguntarnos cada uno de nosotros: «¿Dónde está mi Simeón?»